
Hungría, Checoslovaquia, Polonia: TRES MODELOS DE LUCHA ANTIBUROCRÁTICA

Manuel Pérez Ledesma



2

Para desesperación de los creyentes en el paraíso socialista, la historia de la Unión Soviética y de las «democracias populares» ha estado jalonada por conflictos sociales de especial envergadura. Desde la rebelión de los marinos de Cronstadt o el enfrentamiento de los anarquistas ucranianos contra el Ejército Rojo hasta los recientes acontecimientos de Polonia, los gobiernos «socialistas» se han encontrado periódicamente enfrentados a sectores de la clase obrera —de la que, al menos en teoría, eran representantes—, y los partidos comunistas se han visto desautorizados y combatidos por grupos del proletariado, pese a que por definición eran la «vanguardia» de esta clase.

A partir de la segunda guerra mundial, los enfrentamientos de mayor envergadura han tenido lugar en algunas «democracias populares» de la Europa oriental, a las que podríamos definir, con términos leninistas, como los «eslabones más débiles» del sistema de dominación soviético.

Entre ellos, hay tres casos que pueden servir como ejemplos de tres estrategias posibles de oposición al poder burocrático del socialismo real: la revuelta, o revolución húngara de octubre y noviembre de 1956; el movimiento reformista de la *primavera de Praga* en 1968; y el surgimiento y desarrollo de *Solidaridad* en Polonia, desde el verano de 1980 hasta su destrucción por el golpe militar de diciembre de 1981. Pese a sus diferencias, fruto como veremos de las distintas coyunturas en que se han producido, en los tres casos se encuentran unas exigencias similares: tanto en el terreno político —con la reivindicación de las libertades políticas, e incluso de elecciones libres, frente al monopolio del poder por los partidos comunistas—, como en el económico —donde aparece siempre, con mayor o menor intensidad según los casos, la defensa de la autogestión, opuesta a la planificación burocrática y a la dirección centralizada de la actividad económica.

Estas exigencias definen a un nuevo tipo de movimiento popular, distinto en muchos aspectos (aunque similar en otros) del movimiento obrero de los países de Europa occidental que nos resulta familiar; distinto, sobre todo, porque en lugar de enfrentarse con una clase capitalista fragmentada y con un Estado que dispone de un cierto grado de autonomía, el movimiento obrero de los países del Este se ve obligado a hacer frente a una clase o capa de burócratas

que rigen un Estado-empresario y detectan, por ello, la plenitud del poder, tanto económico como político. La distinción entre el partido, dedicado a los

asuntos políticos y cuyo objetivo final es la toma del poder, y el sindicato, que se ocupa de forma prioritaria o exclusiva de las cuestiones económicas, propia del movimiento obrero europeo occidental, resulta inaplicable y no pertinente para los trabajadores de las democracias populares. Para ellos el Estado es, a la vez, el patrón que extrae plusvalía para distribuirla entre los miembros de la *nomenclatura*, y el poder ideológico y político que legitima y organiza dicha extracción y, llegado el caso, reprime los intentos de recortar o acabar con tal explotación.

*El octubre húngaro:
¿Revuelta o revolución?*

Mientras los acontecimientos de 1968 en Checoslovaquia o el desarrollo del sindicalismo polaco han sido contemplados con considerable atención por la izquierda occidental (y no sólo por ella), sobre la insurrección húngara de 1956 cayó un velo de silencio que se ha mantenido hasta nuestros días. Los partidos comunistas no han levantado todavía las condenas lanzadas en aquel momento contra la rebelión popular; y muchos sectores de la izquierda siguen sintiéndose molestos ante la violencia de los enfrentamientos y la muerte a manos de los rebeldes de diversos miembros de la policía o el partido comunista húngaro. A lo sumo, se concede que el movimiento fue una revuelta justificable como reacción frente a los excesos del estalinismo; pero su *espontaneidad* desagrada a quienes sólo valoran las luchas bien organizadas, y si es posible dirigidas por una «vanguardia de revolucionarios conscientes». No parece, por ello, que nadie esté dispuesto a incluirla

**El movimiento obrero
de los países del Este hace
frente a una clase
de burócratas que rigen un
Estado-empresario.**

entre los momentos decisivos de la historia del movimiento obrero, junto a la Comuna de París o las revoluciones rusas de 1905 y 1917.

Sin embargo, el *octubre húngaro* del 56 fue una verdadera revolución. En él aparecen todas las características de los auténticos procesos revolucionarios: ex-

La insurrección húngara de 1956 fue la primera revolución anti-burocrática y antitotalitaria contra la exportación del modelo soviético y el estalinismo.

plósión espontánea del malestar acumulado, en el momento en que éste supera los límites socialmente admisibles; ruptura violenta con el orden antiguo, y creación de un nuevo orden; auto-organización popular a través de los consejos obreros¹. Más aún, fue la primera revolución antiburocrática o antitotalitaria, el primer ejemplo de levantamiento revolucionario, en el sentido pleno del término, contra la exportación del modelo soviético y el estalinismo. No es de extrañar, por tanto, que para algunos sectores de oposición en las democracias populares, e incluso para observadores occidentales como los miembros del grupo *Socialisme ou barbarie*, acabara convirtiéndose en el modelo revolucionario que con el tiempo se extendería al resto de los países del «socialismo real»: «La Revolución húngara de 1956 –ha escrito, veinte años después, Cornelius Castoriadis– ha sido la primera y, hasta el presente, la única revolución total contra el capitalismo burocrático total; la primera que anunció el contenido y la orientación de las revoluciones futuras en Rusia, en China y en otras partes»².

Aunque los acontecimientos posteriores obligan a poner en cuestión el carácter modélico atribuido por Castoriadis al levantamiento húngaro, e incluso permiten dudar sobre la posibilidad de nuevos procedimientos revolucionarios a corto plazo, conviene analizar los contenidos y formas de desarrollo de este movimiento, cuya repercusión sobre las luchas posteriores no se ha destacado suficientemente hasta ahora. Frente a las previsiones trotskistas, los trabajadores húngaros no protagonizaron una simple «revolución política», dirigida por una nueva vanguardia en contra de la casta burocrática dominante en un

Estado obrero degenerado. La suya fue una revolución *espontánea*, como siempre son las revoluciones, fruto de la experiencia acumulada por la clase obre-

ra, y no de ninguna teoría introducida por una élite exterior al movimiento; se dotó sobre la marcha de una organización propia, los consejos obreros, sin aceptar ningún esquema organizativo exterior, y retomando las formas de auto-organización características de las revoluciones obreras o populares anteriores; y no se limitó al terreno de la política, sino que puso en cuestión al mismo tiempo la planificación burocrática de la economía y sus consecuencias desastrosas para el país en su conjunto.

El programa formulado por los consejos obreros húngaros a finales de octubre resultaba, por ello, totalmente incompatible con las estructuras del poder burocrático propias del «socialismo real». Exigía, en el terreno político, la declaración de una amnistía, la constitución de un gobierno de amplia base con participación de los sindicatos y los jóvenes, que representaban los sectores más combativos del movimiento, la constitución de milicias obreras y la retirada de las tropas rusas del territorio húngaro. Y, en el terreno económico, la constitución de consejos obreros y la dirección obrera de las fábricas, –en sustitución de la dirección estatal existente hasta entonces–, la reducción drástica de las desigualdades salariales y la abolición de las normas de trabajo, la negociación de nuevos tratados económicos con la URSS y los demás países socialistas sobre la base de la más estricta igualdad; y, por último, el libre funcionamiento de sindicatos obreros independientes del Estado³.

De todas formas, el carácter radical de la Revolución húngara no se encuentra sólo en sus reivindicaciones concretas. Al mismo tiempo, y a pesar de su corta duración, dió lugar a la aparición de formas organizativas nuevas: los con-

sejos obreros. En línea con lo ocurrido en las revoluciones populares anteriores, los consejos permitían el establecimiento de la democracia directa y la abolición de los sistemas de delegación permanente propios de las democracias representativas modernas. Sólo la asamblea general podía adoptar las decisiones fundamentales, con lo que se trataba de evitar la división de la sociedad y los grupos sociales en dirigentes y dirigidos, y el sometimiento de los segundos a la autoridad profesionalizada de los primeros. Los consejos suponían, además, una democracia directa enraizada en las colectividades concretas (la fábrica, la oficina, la universidad, el barrio), y que no se limitaba, por tanto, a los problemas políticos globales, sino que se ocupaba también de la gestión de las actividades cotidianas de sus miembros. En concreto, los trabajadores que reclamaban la dirección obrera en las empresas y la abolición de las normas de trabajo impuestas desde el poder estaban tratando de poner en marcha un sistema de autogestión único capaz de acabar con el poder económico centralizado y burocrático y de establecer la democracia en la esfera productiva.

Desgraciadamente, la revolución húngara tuvo una vida corta. Los tanques soviéticos que acudieron al llamamiento de Janos Kadar aplastaron el levantamiento y pusieron fin a la experiencia, antes de que se hubieran desarrollado todas las posibilidades ofrecidas por ella. A la vez que demostraba la voluntad intervencionista de los dirigentes soviéticos y ponía en evidencia los límites de la desestabilización de Jrushev, la ocupación militar servía para descubrir la principal debilidad de este proceso revolucionario: el levantamiento húngaro había fracasado como consecuencia de su aislamiento. Para triunfar, la revolución tendría que producirse en el corazón mismo del imperio, y no en la periferia del mismo. Los

siguientes movimientos contra el poder burocrático demostraron que habían aprendido esta lección.

Reforma y contra-reforma: La primavera de Praga

Doce años después del ensayo revolucionario húngaro, en Checoslovaquia se intentó un nuevo proceso de transformación de las estructuras políticas y sociales impuestas por la burocracia estalinista. Pero la óptica era ahora muy distinta. La derrota de la revolución húngara y el baño de sangre que acompañó a esta derrota, disuadían de toda tentativa de nuevo enfrentamiento frontal. Entre los sectores intelectuales de la oposición predominaban ahora las esperanzas en una transformación del partido y, a través de éste, del sistema político y social. Y esta esperanza se vio reforzada por la aparición de corrientes reformistas en el seno del partido,

La ocupación soviética sirvió para descubrir la principal debilidad del proceso revolucionario húngaro: su aislamiento.

opuestas a la pervivencia de las fórmulas estalinistas defendidas por Novotni, y que buscaban nuevos caminos para salir de la crisis económica y el estanca-

miento político del país. Fueron estas corrientes las que protagonizaron el proyecto de reformismo desde arriba, cuya primera cristalización se encuentra en el *Programa de acción*, aprobado por el comité central a principios de abril de 1968. Sus objetivos estaban muy claros: la reforma era el único mecanismo capaz de evitar una agudización de los conflictos que acabase en un levantamiento al estilo húngaro. Como dijo Smerkovski, uno de los más destacados líderes de la primavera de Praga y presidente de la Asamblea Nacional: «Sabido que, incluso en una sociedad socialista, la evolución se produce a través de una lucha constante de intereses en los dominios económico, social y político, deberíamos buscar un sistema de

dirección política que permita la regulación de todos los conflictos y excluya la necesidad de intervenciones administrativas de carácter extraordinario».

La autogestión fue el eje central de las propuestas de transformación económica de los sectores más radicales en Checoslovaquia.

Con estas intenciones, los sectores más abiertos de la nueva burocracia, agrupados en torno a Dubcek, lanzaron una política de liberalización moderada, basada en la ampliación de la libertad de expresión y en el reconocimiento de un pluralismo político recortado y sometido siempre al control del partido comunista, cuyo papel dirigente no se ponía en absoluto en cuestión. Al mismo tiempo, en el terreno económico se intentaría una reforma tecnocrática, dirigida a acabar con los deplorables métodos administrativos del período precedente y a intensificar la productividad mediante la concesión de una mayor autonomía a las empresas, combinada con premios y castigos de acuerdo con los resultados obtenidos por ellas. La moderación de estos planteamientos facilitó su aceptación por los partidos comunistas occidentales que, tras haber condenado con toda dureza la revuelta húngara, acogieron ahora con entusiasmo la nueva imagen del «socialismo con rostro humano» presentada por Dubcek⁴.

Pero tal propuesta reformista se encontraría pronto en una difícil situación. El equilibrio pretendido por ella no sólo produjo desde el primer momento el malestar soviético, reflejado en constantes amenazas; a la vez creaba insatisfacción entre los sectores populares, deseosos de cambios más profundos y dispuestos a utilizar la libertad de crítica para defenderlos públicamente. En mayo, el *Manifiesto de las dos mil palabras* protestaba por la lentitud de los cambios y reclamaba una intensificación del proceso hasta llegar a la completa democratización del país. Y las propuestas autogestionarias surgían de nuevo, dando origen a debates públicos y a tentativas prácticas (como la de la fábrica

W. Pieck). Como diría Karel Bartosek, uno de los promotores más destacados de la autogestión, en su *Carta abierta a los obreros de Checoslovaquia*, no bas-

taba con un cambio del personal dirigente, ni con el establecimiento de una libertad de expresión que podía acabar convirtiéndose en «el ornamento de un sistema burocrático más ilustrado». Los auténticos cambios tenían que surgir de la iniciativa popular: «El hecho que puede de verdad empezar a cambiar vuestra condición es la elección y la actividad de los órganos de autogestión obrera, los cuales, *junto con vosotros y a través de vosotros*, administrarán lo que os pertenece sobre todo a vosotros. No tiene importancia si se llamarán consejos obreros o consejos de fábrica, o de algún otro modo. Lo que importa es que los elijáis inmediatamente y que para ello escojáis a los más capaces y a los más honrados de vuestros colectivos»⁵.

La autogestión, temida no sólo por la burocracia estalinista, sino también por la nueva burocracia reformista, hacía así otra vez su aparición. Era el eje central de las propuestas de transformación económica de los sectores más radicales, para los cuales, a diferencia de las concepciones tecnocráticas de lo que entonces se llamó «el socialismo de los managers», la democratización no podría limitarse a la esfera de la política: «sin democracia en las empresas no se puede hablar de auténtica democracia en la sociedad». Y aunque los trabajadores checos no intentaran poner en práctica de inmediato estas propuestas, dada la contención que mantuvieron durante el proceso, es evidente que su simple enunciado creó un malestar creciente en Moscú. La reorganización política sobre la base de una democracia pluripartidista, y la reorganización de la economía sobre presupuestos autogestionarios, eran dos amenazas inadmisibles para la omnipotencia burocrática. La invasión y el establecimiento de una

dirección política fiel a Moscú sería, de nuevo, la respuesta.

Polonia: un paso adelante, dos pasos atrás

Ni la revolución, ni la reforma. El poder soviético, tanto en el período jruscheviano como en la etapa de Breznev, sólo acepta el inmovilismo. O, a lo sumo, los conatos de independencia verbal al estilo rumano, que no alteran la auténtica estructura de poder ni pueden dar lugar a peligrosos contagios. De aquí la sensación de impotencia con que se encontraron las distintas corrientes de oposición tras la destrucción del reformismo checoslovaco, y que un informe elaborado en Polonia años más tarde resume a la perfección: «Una transformación radical del régimen so-

ciopolítico es absolutamente *necesaria*, pero a la vez totalmente *imposible*». Los acontecimientos polacos de 1980-81 aparecieron por ello como una

nueva vía para romper el *impasse* y recuperar la esperanza. Aunque, como ahora ya sabemos, esa esperanza quedaría, una vez más, frustrada.

Para entender las peculiaridades de esta nueva vía (al margen de su desarrollo concreto, abordado en otros trabajos de este mismo número), conviene tener en cuenta dos factores decisivos: un cambio sustancial en las actitudes de los sectores intelectuales de la oposición antiburocrática; y el desarrollo de un movimiento popular de gran envergadura, cuya rápida maduración representa el aspecto más llamativo de todo el proceso.

En el seno de la oposición intelectual, los sucesivos fracasos de las tentativas revolucionarias o reformistas anteriores fueron un auténtico revulsivo. Los esquemas manejados hasta entonces habían resultado ineficaces para hacer frente al poder burocrático, y se hacía

necesario encontrar un camino original para evitar una nueva derrota. No sólo se había perdido la fe en una reforma del partido, que condujera a la transformación de las estructuras políticas y sociales; al mismo tiempo, se desvanecía también la confianza en la posibilidad de una revolución.

Hasta entonces, para muchos sectores de la oposición polaca y del resto de las democracias populares, y también para diversos observadores occidentales, el «socialismo real» era —como dijo Trotski— un sistema transitorio, abocado necesariamente a una nueva revolución, cuyo resultado sería el establecimiento de un socialismo auténtico. De acuerdo con esta idea, Jacek Kuron y Karol Modzelewski escribieron en 1964, en su *Carta abierta al Partido Obrero Unificado Polaco*: «La solución sólo es posible por la supresión de las relaciones de

producción y sociales actuales. *El desarrollo pasa necesariamente por la revolución (...)*. La agudización inevitable de la crisis socava los muros psíquicos que

son el verdadero baluarte del poder. La situación revolucionaria los derriba. Y entonces los muros de ladrillo no son ya un obstáculo. Es imposible superar la crisis económica y social en el marco del sistema burocrático: *la revolución es inevitable*»⁶. Pero el paso del tiempo y la capacidad del poder soviético para superar las crisis y reprimir las explosiones de malestar popular acabaron obligando a la oposición a aceptar que el sistema tenía un grado de estabilidad muy superior al que hasta entonces se le había atribuido. Exagerando un poco, se podría pensar, como ha dicho el novelista ruso Alexander Zinoviev, que este sistema puede existir «durante siglos, o tal vez milenios», sin sufrir cambios sustanciales⁷.

Esta constatación exigía un cambio de actitud en la oposición, cuyo primer y más destacado reflejo se encuentra en algunos textos de Kolakowski. En espe-

En Polonia hubo dos factores decisivos: un cambio sustancial de actitudes en la oposición intelectual y el desarrollo de un movimiento popular de envergadura.

cial, en sus *Tesis sobre la esperanza y la desesperanza* (cuyo título es, por sí sólo, altamente significativo), el filósofo polaco presentó ya la posibilidad de un

La separación total de la lucha política y las reivindicaciones económicas resultaba imposible debido a la contextura del Estado polaco

nuevo camino, orientado más a la resistencia activa que al ataque frontal al poder, y por ello más defensivo que ofensivo. En su definición de una «resistencia capaz de limitar y debilitar la acción de esos mecanismos (del poder) y llevar, si no a una sociedad perfecta, a una forma de organización social viable y más soportable para sus miembros»⁸ no se encuentra sólo una fuerte dosis de pesimismo con respecto a las expectativas anteriores; hay también una nueva propuesta de acción, que pronto recogerían algunos de los portavoces más caracterizados del KOR. Y el mismo Kuron, defensor años antes de la inevitabilidad de la revolución, pasaría a convertirse en el promotor de nuevos proyectos de «auto-organización social», con objetivos bastante más modestos: la búsqueda de nuevas formas de presión y negociación con el poder para arrancarle algunas parcelas de libertad.

Conviene resaltar que este cambio de actitud no fue sólo el resultado de la decepción ante el fracaso de los proyectos revolucionarios o reformistas anteriores. A la vez, derivaba de la experiencia acumulada por los movimientos populares polacos de los veinte años anteriores. En este período, la clase obrera, los estudiantes e intelectuales polacos asimilaron, a través de varias derrotas sucesivas, un conjunto de lecciones fundamentales para entender su actuación en 1980-81. Quizá lo más sorprendente no es la rapidez del proceso, y la capacidad de quemar etapas que demostraron, sino el estrecho paralelismo entre su recorrido y el realizado por la clase obrera en Europa Occidental durante los siglos XVIII y XIX.

Ante la inexistencia de un enemigo inmediato y visible, tras la desaparición de los propietarios capitalistas y el pago

de los medios de producción a manos de un Estado que, por definición, representaba los intereses de la clase obrera: y ante la manipulación ideológica y la

represión de este Estado frente a todo intento de crear organizaciones autónomas de los trabajadores, es lógico que las primeras luchas populares tuvieran un carácter espontáneo y desorganizado, y respondieran más a los problemas del consumo que a los de la producción. Al igual que los trabajadores europeos de la era preindustrial, los trabajadores polacos actuaron en 1956, en 1970, o incluso en 1976, como consumidores más que como productores: las alzas de precios de los productos de primera necesidad fueron en estos casos la chispa que desencadenó sus levantamientos, y que condujo a enfrentamientos callejeros en los que siempre llevaban las de perder⁹. Pese a la derrota, estas luchas no fueron totalmente estériles, ya que a través de ellas se iba gestando una conciencia de las posibilidades y los límites de la acción popular. En un proceso similar al sufrido por la oposición intelectual, la experiencia directa permitiría abandonar los objetivos irrealizables, al menos de momento, para buscar otras formas de acción con mayores posibilidades de éxito. Y así, mientras en 1956 los trabajadores de Poznan reclamaban pan, elecciones libres y retirada de las tropas soviéticas, en 1970 los objetivos políticos había desaparecido en favor de las puras reivindicaciones económicas. Es más, en la plataforma reivindicativa de los obreros de los astilleros Warski, de Szczecin, se incluía una explícita declaración de apoliticismo: «Nosotros los trabajadores de los astilleros no tomamos parte en actividades políticas ni antiestatales. Nuestra actividad es puramente de carácter económico. Cuando nuestras exigencias se vean satisfechas, emprenderemos un trabajo concienzudo y honrado»¹⁰. La separación total de la lucha política y las rei-

vindicaciones económicas resultaba imposible; pero no por falta de voluntad de los trabajadores, sino por la textura del Estado polaco, detentador a la vez del poder económico y del político.

Faltaba un último paso: el abandono de la lucha espontánea en favor de la organización, y la sustitución de los enfrentamientos en las calles por la huelga y la ocupación de las fábricas. En 1980 se dio, y la creación y legalización de *Solidaridad* fue su consecuencia más espectacular. Por primera vez en los países del Este existía un sindicalismo independiente del poder estatal, con una tasa de afiliación muy superior a la alcanzada por los sindicatos occidentales, incluso en los momentos de mayor euforia de las luchas obreras¹¹. A pesar de las provocaciones de los sectores inmovilistas de la burocracia en el poder y de las constantes amenazas soviéticas, la estrategia surgida de la experiencia directa de los trabajadores y de las nuevas actitudes de la oposición intelectual había obtenido un primer éxito. La esperanza era todavía posible.

Pero como la libertad es indivisible, la conquista de una parcela supuso de inmediato la aparición de nuevas exigencias en otros campos. *Solidaridad* no era, y no podía ser, un simple movimiento sindical; era más bien la cristalización de todas las frustraciones acumuladas durante décadas. Y el Estado polaco no era un simple patrón con el que negociar las condiciones salariales o laborales; era además el instrumento a través del cual la burocracia aseguraba su poder y sus privilegios, y el medio para la represión de cualquier ataque a los mismos. La confrontación entre ambos acabaría alcanzando, por necesidad, una dureza no prevista en los proyectos estratégicos manejados hasta entonces por la oposición. En especial cuando el Congreso de *Solidaridad* puso sobre la mesa dos temas fundamentales, acallados hasta entonces: las elecciones libres

y la autogestión. El golpe militar y el establecimiento de un «bonapartismo socialista» ha sido la respuesta.

Un bonapartismo de nuevo tipo

Como Marx descubrió en sus estudios sobre Francia, el bonapartismo es la respuesta de las clases dominantes en los momentos en que se pone en peligro la conservación de su poder a través de los mecanismos habituales de ejercicio del mismo. El golpe militar de Luis Bonaparte había establecido, dijo Marx en *La guerra civil en Francia*, «la única forma de gobierno posible en un momento en que la burguesía había perdido ya la facultad de gobernar el país y la clase obrera no la había adquirido aún». Lo que nunca pudo pensar Marx es que, en un sistema definido como «socialista», se produjera una situación similar, con la utilización del Ejército por parte de la burocracia en el poder para forzar a su favor una situación de equilibrio de fuerzas. Y, sin embargo, así ha ocurrido. Como Luis Bonaparte, el «bonapartismo socialista» del general Jaruzelski intenta ahora colocarse por encima de las clases en conflicto, atacando a la vez a los más destacados responsables de la corrupción económica del período precedente y a los líderes obreros más significados, y presentándose como el único depositario de la idea nacional y el baluarte frente al peligro de la anarquía y la destrucción de la nación polaca.

Es difícil predecir en qué medida conseguirá el éxito. La experiencia histórica ha demostrado que el bonapartismo no fue, como Marx creía, la «forma última del poder estatal de la burguesía», y que los fascismos del siglo XX no se convirtieron, como pensaban muchos marxistas,

en la «antesala de la revolución». Pero también ha puesto de manifiesto que el bonapartismo no acaba con los conflictos; dure lo que dure, los antago-

**El bonapartismo socialista
de Jaruzelski intenta
colocarse por
encima de las
clases en conflicto.**

nismos permanecen, para resurgir con una nueva fuerza tras su desaparición, y aunque tras él no venga la revolución, por lo menos se abre una nueva fase en la que los detentadores del poder se ven obligados a admitir algunas exigencias populares. Después del Imperio de Bonaparte, vino la III República; y con ella, las libertades políticas y el reconocimiento del derecho a la asociación obrera.

En el caso polaco, el golpe militar probablemente no será tampoco «la úl-

tima forma del poder estatal de la burocracia». Habrá otras. Pero frente a ellas, la estrategia de conquista de parcelas de libertad, después de su actual derrota, podrá comenzar de nuevo la larga marcha hacia la libertad política y la autogestión económica, que ha caracterizado hasta ahora a los movimientos populares en los países del «socialismo real». La historia tiene mucho tiempo a su disposición, aunque por desgracia quienes la vivimos día a día no disfrutemos que de esa abundancia.

¹ Curiosamente, mientras muchos análisis de la izquierda han negado el carácter revolucionario del *octubre húngaro*, Hannah Arendt supo percibir con exactitud la vinculación de este proceso con los fenómenos revolucionarios más clásicos. Véase su ensayo *Sobre la revolución* (Revista de Occidente, Madrid, 1967), en especial, págs. 121, 284 y 328. Sobre la importancia de la espontaneidad, y su influencia en la creación de un nuevo orden revolucionario, además del texto de Arendt puede verse el estudio de André Decouflé; *Sociología de las revoluciones* (Ed. Oikos-Tau, Barcelona, 1975), capítulo 2.

² Cornelius Castoriadis: «La source hongroise», *Libre*, n.º 1, pág. 53 (Ed. Payot, París, 1977).

³ Claude Lefort: «La insurrección húngara», en *¿Qué es la burocracia?* (Ed. Ruedo Ibérico, París, 1970), págs. 176-177. En los núms. 20 y 21 de *Socialisme ou barbarie* (1956-57), del primero de los cuales procede el artículo de Lefort, se puede encontrar abundante información sobre los consejos obreros en Hungría. Un resumen de los acontecimientos, en Fernando Claudín: *La oposición en los países del «socialismo real»* (Ed. Siglo XXI, Madrid, 1981), págs. 201-212.

⁴ La descripción del papel de la nueva burocracia recogida en el párrafo anterior está inspirada en gran medida en los análisis de la Internacional Situacionista, y en especial en el artículo «Réforme et contre-réforme dans le pouvoir bureaucratique» (*Internationale Situationniste*, n.º 12, septiembre de 1969, págs. 35-43). Aunque no comparto su creencia en que los acontecimientos checos demostraban la «avanzada descomposición del estalinismo» y anunciaban una próxima revolución en la misma Unión Soviética. La síntesis más reciente de la *primavera de Praga* se encuentra de nuevo en el libro de Claudín (págs. 238-261).

⁵ La *Carta abierta a los obreros de Checoslovaquia* de Karel Bartosek se publicó inicialmente en la revista *Reportér* (n.º 8-15 de mayo de 1968), y dio lugar de inmediato a una intensa polémica, con la participación, entre otros, de Rudolf Slansky, Pavel Ernst o Rita Budinova. Varios participantes en esta discusión fueron expulsados del

partido y procesados tras la «normalización» de Husak, y se encuentran entre los promotores de *Carta 77*. Puede verse una selección de los textos más significativos de esta polémica en *Autogestión y Socialismo*, n.º 2, págs. 113-192 (Ed. Castellote, Madrid, 1978).

⁶ Karol Modzelewski y Jacek Kuron: *¿Socialismo o burocracia? Carta abierta al Partido Obrero Unificado Polaco* (Ed. Ruedo Ibérico, París, 1968), pág. 91.

⁷ «La sátira como lógica enfurecida (Entrevista con Alexander Zinoviev)», *El Viejo Topo*, n.º 49, octubre de 1980, págs. 13-17.

⁸ Citado por F. Claudin, op. cit. pág. 322.

⁹ La caracterización que Rudé ha realizado de los movimientos de masas en el período preindustrial inglés o francés podría aplicarse también, punto por punto, y a pesar de las diferencias económicas y sociopolíticas, a las luchas populares en Polonia y en otros países del Este. Cf. George Rudé: «Los movimientos de masas en el período preindustrial», en *Protesta popular y revolución en el siglo XVIII* (Ed. Ariel, Barcelona, 1978), págs. 17-33. Convendría señalar que, así como en el período preindustrial el mercado era el lugar donde se visualizaban las diferencias y los conflictos sociales (como ha explicado Thompson), en los países del «socialismo real» —en los que la utilización del marxismo como ideología legitimadora del poder y la ausencia de capitalistas dificultan la aparición de una conciencia obrera con rasgos similares a los del proletariado de Europa occidental— la cola para comprar alimentos de primera necesidad puede desempeñar un papel parecido. En la cola pueden formularse reflexiones como las que relata Alexander Zinoviev: «Aquí tienes el producto conjunto de la sociedad, dijo el Cernícalo dibujando con tiza un gran círculo en el asfalto. La parte mejor y la más deficitaria se consume en las tiendas reservadas, de acuerdo con las leyes sociales. Esta parte no se incluye en el sistema de las colas. Lo que queda, parece que se destina a todos. Pero, ¿es así en la realidad? Sabéis perfectamente que una parte considerable del producto destinado a todos, su parte mejor precisamente, se distribuye entre los dirigentes de un nivel algo inferior. Es

una ley que no existe. Pero hay una costumbre que se observa santamente por todos cuantos hacen la distribución. Ellos están subordinados a estos jefes. Como veis, el círculo se estrecha. Sigamos. Una parte considerable se destina a diversas regiones especiales, empresas especiales, instituciones, etc. Esta parte, a su vez, se fracciona y jerarquiza. Por lo tanto, debemos restarla. Y la parte mejor del resto se reparte por enchufe entre los conocidos, a hurtadillas. Finalmente, la parte que llega realmente a la verdadera cola se distribuye al margen de la cola y se roba. Tan sólo algo, lo peor, lo que logra salvar todas las barreras, llega a nosotros. Y aquí nos tienes de pie y esperando. Esperamos nuestras miserables migajas» (A. Zino-

viev: *Cumbres abismales*. Ed. Encuentro, Madrid, 1979, tomo II, pág. 327).

¹⁰ *El Viejo Topo*, n.º 52, enero de 1981, pág. 39.

¹¹ La sensación de encontrarse ante una situación completamente nueva, y por ello la imposibilidad de encontrar precedentes en que apoyarse, aparece constantemente en los textos de *Solidaridad*. «Como sociedad y como sindicato —decía, por ejemplo, Tadeusz Mazowiecki, en el editorial del primer número de la revista *Solidaridad*— nos estamos moviendo por un camino no recorrido antes por nadie. Ningún modelo se adecúa a nuestra situación; tenemos que crearlos todos *ex novo*» (Recogido en *Solidarnosc. I documenti della svolta polacca*. Edizioni Lavoro, Roma, 1981, pág. 11).